

EDUCACIÓN Y CULTURA EN EL PENSAMIENTO DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

RAFAEL ALVIRA

Education was so relevant in the thought of Saint Josemaria that he even affirmed that the only work of the Opus Dei was to give formation, and that the Prelature is a catechesis.

Culture, on the other hand, was the normal concern —“to be cultivated”— of persons living his message: to sanctify work in everyday life.



“La mayor desgracia que le ha sucedido al hombre ha sido la invención de la imprenta. La imprenta ha destruído la educación” (Benjamín Disraeli; Lothair, 29). Benjamin Disraeli apunta aquí a una idea que fue expresada clásicamente ya por Platón y ha sido repetida después muchas veces.

Platón sostiene su tesis en el momento en que empieza a extenderse por primera vez el uso de la escritura. Tal uso significaba un avance formidable para la época, como, de igual manera, la imprenta primero, y el ordenador ahora, han supuesto progresos revolucionarios para la humanidad.

Educación y cultura parecían encontrar sus instrumentos ideales: la escritura en tinta, el libro impreso, el ordenador. El hombre educado y culto es entendido como aquel que sabe *leer y escribir*. Esas serían sus señas de identidad primarias por excelencia.

Frente a esta tesis se alzan Platón, Disraeli y tantos otros. El hombre educado y culto no es para ellos fundamentalmente el que lee y escribe, sino el que *escucha y habla*. Leer es sólo *una forma* —y no la más fuerte— de escuchar; escribir es sólo *una forma* —y no la más fuerte— de hablar. Todo lo cual no quiere decir que sean poco relevantes. Más bien significa que lo más radical es *escuchar y decir*, actividades que, primaria —aunque no únicamente— se llevan a cabo a través del oído y de la voz.

Sólo el que escucha y a continuación dice; el que dice y a continuación escucha, aprende de verdad, y de esa forma se educa y es culto. Como es característico del ser humano el tener que aprenderlo todo, lo primero que ha de aprender es a *escuchar y a decir* en general y esencialmente. Para lo cual ha de ejercitar la humildad (escuchar) y el deseo de comunicar (decir). Lo que no se escucha (oír con reflexión y con humildad) no se aprende, no se capta, y lo que no se dice no se acaba de entender.

Una vez incorporada esa actitud fundamental, el medio a través del cual se escucha o se dice, es relativamente secundario. Relativamente porque, entre otras cosas, nada puede sustituir la fuerza esencial de la presencia física. Es en el diálogo directo donde más y mejor se aprende. Y ese aprendizaje genera siempre al mismo tiempo una educación o cultivo subjetivo —unos hábitos, unas actividades—, y una cultura objetiva.

Es decir, que educación y cultura sólo son verdaderas si son *vida*, y, por tanto, permanente renovación, juventud de espíritu. “Casi todo lo que es grande ha sido hecho por la juventud” (Benjamin Disraeli, *Coningsby*, III, 1). Probablemente, es menester quitar el *casí*. Esa unidad de juventud de espíritu, educación y cultura estuvo presente de manera muy marcada en san Josemaría. Hasta el término de su vida en la tierra repetía que cada mañana se llenaba de alegría al invocar en la Misa “al Dios que alegra mi juventud”, y prohibió que alguien de la Obra se considerase nunca viejo, aunque físicamente lo fuera.

En sus últimos años, emprendió largos viajes a países americanos. Llegaba cansado y a veces seriamente enfermo, pero su juventud interior hacía que apenas se notara: resplandecía su ale-

gría y su vitalidad y buen humor proverbiales. Nada más llegar, con frecuencia sus palabras eran: vengo a aprender. Y poco antes de fallecer repetía, “estoy como un niño que balbucea”.

También es conocido que cada uno de los últimos años de su vida, años que estuvieron marcados por la dura dificultad y la contradicción, el día primero de enero escribía: “permanezcamos siempre en acción de gracias”. Ahora bien, sólo da gracias de verdad el que primero ha captado el don recibido, y sólo al agradecerlo —agradecer es responder— lo conoce mejor. Como bellamente afirma Heidegger, “pensar es agradecer”.

Juventud, agradecimiento, niñez que balbucea, son imágenes y símbolos que en él eran realidades encarnadas y todas ellas son expresiones de esa comprensión tan profunda que él tuvo de —sí puedo hablar así— la realidad educacional del ser humano. Puesto que el ser humano es el ser que puede convertir toda acción propia en fuente de aprendizaje —no sólo teórico— no *aprender a aprender* supone equivocar radicalmente el camino de la vida.

Por eso él decía que la Prelatura no hacía otra cosa que dar formación, formación permanente y hasta el final de la vida —una idea muy repetida y central para él, cuando apenas nadie hablaba de ella—; y, desde el punto de vista específicamente cristiano, afirmaba que la Prelatura era una gran catequesis.

Aquí es menester referirse a la idea fundamental contenida en su mensaje: la unidad de vida. No hay dos vidas separadas, una cara a Dios y otra que mira al mundo, no hay dos corazones —uno para Dios y otro para los demás seres queridos—, y no hay tampoco dos culturas o dos educaciones separadas. Como recalcó en su famosa homilía del Campus de la Universidad de Navarra, a la que quiso dar el significativo título de “Amar al mundo apasionadamente”, todo aquel que no tiene vocación de religioso, o encuentra a Dios en la vida ordinaria y cotidiana, o no lo encuentra. Pero eso significa que, como se acaba de decir, no es posible, desde esa perspectiva, disociar los aprendizajes. El que de verdad tiene espíritu y actitud de aprender, se da cuenta de la profunda unidad de todos los aspectos de lo real, ve las conexiones, ve “todo en todo” y a Dios en todo. A su vez, cuando mira a Dios capta una

luz que le sirve para comprender mejor todas las cosas y todas las dimensiones de la realidad.

Por eso san Josemaría tenía en tal alta estima el trabajo interdisciplinar, cuya presencia fomentó insistentemente en la Universidad de Navarra; por eso consideraba el saber, cualquier saber, como un *camino hacia* y un lugar de encuentro con Dios, y, a su vez, el amor de Dios como un estímulo para el saber.

Pocos como él podrían haber comprendido inmediatamente la tan brillante idea expresada por Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio*: espero, decía, que el siglo XXI sea el de la unidad del saber, pues sin unidad del saber no puede darse unidad de vida en cada persona.

Puesto que para él la unidad de vida era la clave, había de tener —y de hecho era así— un alto concepto de la cultura. La menor estima que parece mostrar hacia ella en el punto de *Camino* en el cual recalca que “la cultura es un medio y no un fin”, es sólo aparente, pues ahí se está refiriendo a la cultura en el sentido vulgar del término, o sea, a tener unos conocimientos amplios y variados, pero no al sentido profundo de la cultura como cultivo verdadero, a la que tenía en la más alta consideración.

Como escribió y repitió de viva voz “primero es la sabiduría, después la cultura y después la ciencia”. El sentido de la frase no era en absoluto peyorativo para la cultura y la ciencia, todo lo contrario. La sabiduría es lo primero porque sin ella la percepción de las verdades últimas se hace oscura y se difumina, pero en condiciones normales, a nadie —y mucho menos aún al tipo de hombre cuya imagen tenía san Josemaría— le basta la sabiduría, sino que necesita la cultura y la ciencia.

A su vez, se puede decir que hay una relación análoga entre sabiduría y cultura y entre cultura y ciencia. Una verdadera cultura conduce a la sabiduría y ya es una cierta sabiduría, como una ciencia verdadera conduce a la cultura y ya es cultura.

Como siempre, son la separación y la absolutización la causa del error. Una “pura cultura” produce la figura del librepensador o “intelectual”, y una “pura ciencia” la del pedante y “bárbaro espe-

cialista". Son figuras arqueadas, desviadas, que san Josemaría rechazaba.

Pero en cambio admiraba la verdadera cultura y la ciencia auténtica y las deseaba encontrar en todas las personas que querían encarnar su mensaje. De las personas dedicadas al servicio doméstico decía, con alegría, que eran científicas, que debían saber ciencia para su trabajo; y con la persona menos educada que se integraba en la Prelatura se emocionaba al ver cómo en poco tiempo se cultivaba, se refinaba hasta en su estilo.

Volvamos de nuevo a la unidad de vida. Tiene muchos aspectos. Uno de ellos consiste en que no hay buen saber sin corazón, ni buen corazón sin saber.

El buen saber con corazón crea personalidades serenas, centradas, con responsabilidad ética. *El buen corazón con saber* desarrolla el arte, el espíritu de cuidado. La persona culta es siempre un *espíritu atento* (según la formulación que le agradaba: "haz lo que debes y está en lo que haces") y *universal*, palabra que le gustaba tanto, y que —como siempre en él— era vida. Pocos han tenido la habilidad que él tuvo, por ejemplo, para generar verdadero afecto entre miles de personas de muy diferentes países y culturas, y para introducir en cada una de ellas no sólo el respeto, sino el marcado interés y amor por otros pueblos.

En un mundo tan repleto de mirada corta, pequeñas rencillas y de un esencial individualismo, llevó a cabo en este aspecto un trabajo gigantesco. Con esa actitud, tan típica suya en determinados casos, de convertir sus esperanzas en seguridades, veía que en el futuro la gente con su espíritu lograría un acercamiento real entre los pueblos.

* * *

Un espíritu así no sólo necesita de la libertad, sino que él mismo es libertad. Sin libertad no es posible educar bien, ni puede florecer, por tanto, la cultura.

La libertad no puede ser falta de exigencia ni sólo exigencia. Ese exigir y dejar hacer al mismo tiempo es un arte sumamente difícil que requiere, por parte del que educa, poner mucho amor, y, por parte del educando, poner docilidad.

Sólo exige con éxito el que se *ha ganado* la autoridad. La potestad se otorga, te la dan, la autoridad se gana. Era admirable cómo enseñaba a los padres a ser amigos de sus hijos, una amistad que había de coordinarse con la ineludible responsabilidad de saber exigir adecuadamente. Ni amiguismo, ni autoritarismo.

Exige bien el que quiere al otro, pero también el que sabe, el que conoce la *medida* adecuada. En ese sentido, la exigencia busca promover la *medida justa* en el comportamiento, puesto que es en ella donde está la libertad, no en la desmesura, ni tampoco en la medida inadecuada.

Al actuar con verdadera libertad, la persona *incrementa su libertad*, y eso es precisamente característico del hombre culto.

El “cultivo” libera, y dado que son muchas las dimensiones del ser humano, somos tanto más libres cuanto más aspectos de nuestra estructura vital cultivamos. Él no descuidaba nada. Por eso, le interesaba la formación teórica científica, pero también deseaba que la gente aprendiese a *hacer*, a “pensar con las manos”: eran, por ejemplo, sus tan famosos *encargos materiales*. Con respecto al arte, si descubría que alguna persona joven cercana a él pasaba indiferente ante las maravillas artísticas, llegaba a ponerle un profesor que le ayudase a conocer y comprender esa belleza.

Así mismo, impulsaba el deporte y la deportividad con la misma fuerza que invitaba a tener el mejor estilo en todas las dimensiones del comportamiento: no le gustaban los remilgos ni admitía la zafiedad.

Y si repasamos las virtudes éticas clásicas, encontramos continuas referencias a ellas. Decía que no era preciso esperar al paso de los años para ser prudentes, y citaba el conocido texto bíblico “entendí mejor que los ancianos, porque guardé tus mandamientos”; la justicia no era pura matemática cuantitativa, sino verdadera atención al otro; la valentía —algo que le era connatural— la veía

también como capacidad de iniciativa, y había que ponerla en práctica desde el primer momento (era también una de sus frases preferidas: “patos al agua”); la templanza se adquiriría mediante el procedimiento de aprender a trabajar y aprender a querer.

* * *

Es hoy —y ya desde hace tiempo— un lugar común el que la educación es la pieza fundamental para el desarrollo de la persona y para el buen funcionamiento tanto de la sociedad en su conjunto como de cada una de las facetas societarias.

A esa relevancia de la educación se la atiende con medidas legales, con planes y ayudas económicas. Todo ello es prueba de buena inteligencia y de buena voluntad. Pero para que la educación sea una realidad hace falta sobre todo y primariamente un espíritu y unas personas que lo encarnen.

En una sociedad obsesionada por las ganancias se descubre pronto que ellas no se pueden dar ni mantener e incrementar más que si se cuenta con personas educadas, cultas de verdad. Pero la educación y la cultura requieren una actitud interior, un “tempo” y un ambiente que son incompatibles con esa obsesión crematística. Llegamos así a una evidencia que muchos no ven: que para ganar más, la condición imprescindible es no poner el ganar más como fin primero y principal.

Mi querido maestro, el profesor Millán-Puelles, solía decir al respecto, de forma muy plástica: “yo quiero, desde luego, tener un coche; lo que no quiero es que él me tenga a mí”. Sólo un amor verdadero es correctamente posesivo, y no se deja dominar por las cosas.

Al enseñar san Josemaría Escrivá de Balaguer cómo se puede amar rectamente en este mundo, en la vida ordinaria y cotidiana, pone las bases fundamentales para lograr una educación y una cultura que ninguna sociedad materialista pueden lograr. Además, promueve un progreso económico más sólido y duradero, pero,

RAFAEL ALVIRA

sobre todo, ayuda a cada persona a encontrar todo lo mejor, porque le enseña cómo ver y hablar con Dios en cada ocasión de su vida cotidiana, cómo *tratar bien* a las cosas, a los hombres y a Dios.

Rafael Alvira
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
E- 31080 Pamplona
ralvira@unav.es

